

# Contribución al esclarecimiento de la genuina sentencia de Platón sobre las ideas

ULDARICO URRUTIA  
Universidad Javeriana de Bogotá

Se ha dicho con razón que así como Parménides fué el descubridor del *ser*, Platón fué el descubridor de *la idea*.

Toda la filosofía posterior a él (y es casi toda la historia de la filosofía), ha tenido que preocuparse de su enseñanza sobre las ideas.

El platonismo no ha muerto; él señala una corriente filosófica que como un río de luz, brotando del jardín de Academo, se continúa a lo largo de los siglos.

Porque esta cuestión viene a identificarse con la celeberrima *de los universales*; pasará al occidente en la *Isagoge* de Porfirio, traducida del griego por Severino Boecio (a cuya excelsa figura no se ha dado, a mi juicio, todo el relieve que exigen sus méritos para con la filosofía); ella será la tea que arrojada por la traducción de Boecio a los campos de la Edad Media, levantará el incendio que reanimó los estudios filosóficos, marchitos bajo los cascos del caballo de Atila; ella despertará el original ingenio de Escoto Eriúgena en el siglo IX; acuciará la poderosa inteligencia de San Anselmo en el siglo XI; ofrecerá magnífica materia a la brillante victoria de Abelardo contra Guillermo de Champeaux en el siglo XII; y culminará en el siglo XIII con la síntesis filosófica de Tomás de Aquino, en la que se desbarata el nominalismo de Roscelino, para quien los términos universales eran sólo un *flatus vocis*.

Mas no acabará aquí la controversia: Occam volverá sobre ella con su ultranomalismo, abriendo camino a todos los idealismos posteriores; Kant construirá con ella el laberinto sin salida de su *crítica*; y hasta nuestros días la filosofía no cesa de estudiar el magno problema, remozándolo con el rótulo de nuevos nombres y nuevas escuelas.

Mas si todos están de acuerdo en la trascendencia del problema suscitado por Platón, no lo están en determinar el sentido de sus afirmaciones ni el alcance de su doctrina.

Para unos es el padre del *realismo exagerado* y cayó en la extravagancia de dar a las ideas, como *formas puras*, una existencia real en sí y por sí en una región supraceleste. Otros en cambio han interpretado más acertadamente, a nuestro parecer, su enseñanza, como San Agustín entre los antiguos y Brehier entre los modernos, a los que debemos sumar los ilustres nombres de Cousin, Jourdain, Trendelenburg, Pesh y varios otros.

Nuestro propósito no es repetir ahora los argumentos que por una y otra parte ha sacado a relucir esta polémica, ni tampoco pretendemos defender a Platón del *preexistencialismo* y del *innatismo*, errores en que manifiestamente cayó; fallas del genio.

Nuestra modesta contribución se reduce a proponer dos razones nuevas en su defensa, que no hemos visto hasta ahora aducidas, y que sacamos de la exégesis misma de sus palabras en dos de sus diálogos: el *Fedro* y el *Timeo*.

Empecemos por el primero: dice así en el *mito del alma*, del cual sólo citamos las palabras que hacen a nuestro intento:

“Conviene ciertamente que el hombre llegue a la intelección a través de lo que se llama la idea, pasando de las diversas impresiones a lo que está reunido en una sola cosa gracias al razonamiento. Y esto no es otra cosa que el recuerdo de lo que ha contemplado nuestra alma cuando marchaba en la compañía de un dios, cuando veía desde lo alto todas las cosas que ahora decimos que existen y levantaba los ojos hacia lo que realmente es. Por eso es justo que sólo el pensamiento de un filósofo tenga alas, puesto que se aplica incesantemente y en la medida de sus fuerzas a evocar en la memoria aquellos objetos *a los cuales aplicándose Dios es divino*. También el hombre que usa debidamente de esta clase de evocaciones y llega a la perfección de los misterios, se hace realmente perfecto. Al apartarse de los cuidados de los hombres y dedicarse a *la contemplación de lo divino*, las gentes le reprochan que está fuera de sí, pero en realidad *está endiosado*, aunque las gentes no se den cuenta de ello”. (*Fedro*, XXIX).

Tenemos, pues, que la contemplación de las ideas, el tener su ser en ellas, πρὸς οἷσπερ ὁ θεὸς ὄν, es lo que hace que sea Dios θεῖος ἔστιν.

Y que el hombre mismo contemplándolas asiduamente, se llena de numen divino, se endiosa: ἐνθουσιάζων λέληθε τοὺς πολλοὺς.

Ahora bien, el Dios verdadero de Platón, de quien aquí habla, ó θεός ¿podrá ser Dios por algo que está fuera de sí y que está separado de su propia esencia divina?

Y el hombre a su vez, ¿podrá divinizarse, podrá llenarse de Dios por la intuición de algo que esté fuera de Dios? Luego estas ideas cuya sola contemplación íntima hace que Dios sea Dios y que el hombre se asemeje a Dios, no son algo que está fuera de la misma esencia de Dios.

Para medir el alcance de esta sentencia, debemos tener en cuenta el valor esotérico que Platón da a sus mitos, en los cuales envuelve lo más precioso y selecto de su doctrina, y cuyo profundo sentido es gaje de los iniciados.

No olvidemos que Platón estuvo en Egipto y allí procuró ponerse en contacto con todo aquello que podía acrecentar sus conocimientos filosófico-religiosos. Es pues muy probable que trató con judíos de la diáspora, por los que sin duda tuvo alguna noticia de los libros sagrados; así se robusteció su conocimiento del Dios único, el ser por excelencia, la sabiduría increada, la verdad subsistente, la bondad infinita, el *logos* en quien están las razones de todas las cosas, y que en su esencia contempla el arquetipo y la idea de todo cuanto existe y puede existir, como otros tantos grados de la imitación de su esencia, fuente de todo ser y donde todo cuanto existe es vida y tiene mejor ser. Mas todo esto no podía expresarlo *el de la ancha frente* de una manera acabada y explícita; sólo tuvo este conocimiento a manera de noticia religiosa en un cierto *esoterismo* que las circunstancias obligaban a guardar a los doctores judíos al comunicar a espíritus selectos los misterios de los libros sagrados.

Esta existencia de las ideas en la esencia divina como objeto propio de su divina contemplación la repite en el *Timeo*, donde dice: "En la medida en que el intelecto percibe las formas existentes en aquel que es el viviente y sabe cuáles son ellas y cuántas en número, Dios ha pensado que este mundo igualmente debía contener otras tales y otras tantas": Ἡπερ οὖν νοῦς ἐνούσας ἰδέαις τῷ ὃ ἔστιν ζῶον, οἷαι τε ἔνεισι καὶ ὄσαι, καθορᾷ, τοιαύτας καὶ τοσαύτας διανοήθη δεῖν καὶ τόδε σχεῖν.

En este pasaje vemos que confirma la existencia de las ideas en la esencia de Dios como objeto de su contemplación y conocimiento,

para tenerles delante como arquetipos y ejemplares en la fabricación del mundo. Hay un paralelismo impresionante, aunque latente, entre estas expresiones de Platón y la de la Divina Sabiduría en el capítulo octavo de los *Proverbios*: "Túvome Yavé como principio de sus acciones ya antes de sus obras, desde entonces. Cuando fundó los cielos allí estaba yo . . . Cuando echó los cimientos de la tierra, estaba yo con él como arquitecto, siendo siempre su delicia, solazándome ante él en todo tiempo". A la luz de estas consideraciones, es como se deben interpretar aquellas otras expresiones que nos oponen los adversarios: Χωριστόν y αὐτὸ καθ'αὐτό.

Χωριστόν, separado, es decir, formando otro mundo distinto de este material y sensible; αὐτὸ καθ'αὐτό, de por sí, con aquella distinción de los diversos ejemplares respecto de las cosas, con que la mente divina los conoce y contempla.

Un genio como el de Platón tiene derecho a que en los casos dudosos y ambiguos se le interprete de la manera más recta y razonable. ¿Y no es estrafalario el interpretar estas frases como si Platón hubiera supuesto una *pequeñez* que existe separadamente y de por sí, una *dureza* sola y pura, una *palidez* existente más allá del cielo, una *humanidad* que no es la de Pedro ni la de Juan, sino una *reverenda humanidad* que se pasea sobre los mismos dioses? No hagamos decir semejante dislate al que nos da prueba en sus obras inmortales de ser una de las más preclaras inteligencias que han iluminado al mundo; antes bien, concluyamos con Kachnik:

"Las ideas (platónicas) son imágenes ejemplares, abstractas de la materia, individuales, que existen en Dios antes de las cosas . . . Las imágenes realmente están en las cosas, lo que significa Platón con la palabra παρουσία. Las ideas son eternas, increadas, presentes siempre al Espíritu Supremo; son los prototipos en los que Dios consideraba cada una de las cosas al formarlas; pero las ideas no son la misma divinidad".

He aquí expresada por este autor breve y exactamente, a mi parecer, la genuina doctrina de Platón sobre las ideas, y he aquí la conclusión que fluye de los argumentos que a su favor hemos expuesto.